

FESTIVALES DE ESPAÑA

LAS vacaciones me han puesto, sin querer, sobre el camino de los Festivales. Así debe sucederles a la mayor parte de los que salen de Madrid. En muchas ciudades españolas la breve temporada de Festivales es el climax de un año de teatro, y en las esquinas de pueblos y capitales se ven desde el coche los carteles que anuncian a Shakespeare, a Casona, a Gala y a Lope de Vega, que son la base de este verano.

En Valencia he visto dos representaciones de Lope de Vega, «El caballero de las espuelas de oro», de Casona, y el «Julio César», de Shakespeare, según la versión de Pemán. La explanada de los Viveros estaba llena de un público que aplaudía y seguía con atención la obra de Casona. Tiempo habrá de criticarla y no quiero que sea el tema de este comentario. En Palma de Mallorca encontré la atmósfera dejada por las compañías oficiales, que habían montado «Los verdes campos del Edén», de Gala, y «El caballero de milagro», de Lope de Vega.

En ambas ciudades, por verlo yo mismo o porque me lo contaron quienes vieron las representaciones, los Festivales se apuntaron un relativo éxito. La eliminación de ocasionales compañías, debida especialmente a la participación de las dos oficiales, reunidas en una, con bastantes alteraciones, ha disminuido los márgenes de improvisación y error de años atrás. Tamayo y el Estado son dos patrones teatrales de solidez económica y sus representaciones apuntaron una cierta seguridad profesional.

Junto a este dato positivo, otros negativos que consignar. Por ejemplo, los Festivales caen en las ciudades como del cielo, extemporáneamente, fuera de un programa regular que cubra la mayor parte del año. Para un gran sector del público—casi todo—los Festivales son «dos noches de teatro» al margen de la calidad de la obra y de la posibilidad de incorporarla a un nivel de cultura. Para nuestro público de provincias—dicho con todos los respetos, porque no tiene la culpa—el teatro ha dejado de ser un hábito, una referencia, y una forma cotidiana de comunicación. Y digo esto, porque hace años, el teatro, mejor o peor, era todo eso en nuestras ciudades. Resulta, pues, que los Festivales, sin contexto, actuando muchas veces sobre campo yermo, no hace sino «descubrir» el teatro a gente que, naturalmente, no vuelve a ocuparse de él.

En cuanto a los títulos, ¿quién se atrevería a decir que son los más idóneos para cumplir con la difícilísima misión? Son títulos que han tenido—en los mejores casos—su corazón de ser en la programación de Madrid, o, como en el caso de la obra de Casona, que se estrenan pensando en ella. Pero ¿responden a la insalvable responsabilidad que tienen los Festivales dentro del juego teatral español? No. Rotundamente. Y pienso que aun mejorando la selección, habría que sostener el «No». Porque, sencillamente, no se puede hacer en dos días lo que debe hacerse durante años.

Otra cosa terrible es la actitud de los actores y técnicos. Se esfuerzan, con heroico encono, por estar a la hora y en la ciudad que les marca la Comisaría de Festivales. Pero la «ruta», frecuentemente establecida de acuerdo con el Calendario de Fiestas, es disparatada para una compañía. Los actores cuentan los saltos que dan en el mapa como si fueran milagros. «Ayer estábamos en X... Y mañana estaremos en Z. ¿Parece mentira, verdad?» Y lo increíble en esta atmósfera taumatúrgica es que llegan los actores, el transformador, los focos, los trajes, los decorados... Y el público se mete en la plaza o la explanada, como si tal cosa, a tomar un poco el fresco y ver una función de teatro...

Yo he llegado a la conclusión de que todos los que trabajan ahora para llevar adelante los Festivales realizan un esfuerzo innegable y, en bastantes casos, heroico. Lo que falla es el sistema. Hay que ir a los teatros municipales o los teatros de sector, subvencionados, para que las representaciones dramáticas cumplan su función normal, dentro de un clima de responsabilidad y meditación. En los Festivales los actores no pasan de titiriteros protegidos, de feriantes sin riesgo, de ilusionistas que se sacan, por una noche, el teatro de la manga.

JOSE MONLEON

EL HUMOR DE FAIZANT



—No señor. Ignore totalmente si el señor director tiene una hija casadera a la que le gusten los tipos como usted.



—La señora me perdonará si el servicio falla un poco, pero es que desde ayer estoy enamorada.